

ESCENA XII

*Los mismos, menos Paulina*

JORGE. — Paz y salud en esta casa. Que la gocen el dueño de cabellera blanca, la señora, siempre agradable, y sus descendientes, por los siglos de los siglos.

BASILIO. — Y tú, ¿has vuelto a la bebida?

JORGE. — La pena me arrastró.

BASILIO. — ¿Qué pena?

JORGE. — He vendido un pinzón delicioso. Lo tuve tres años y cantaba... ¡Oh, cómo cantaba... Figúrate mi pena... Venderlo, cuando estoy acostumbrado a oírlo. *(Coge una silla y la acerca a la mesa para sentarse).*

BASILIO. — ¿Y por qué lo vendiste, queriéndolo tanto

JORGE. — Me lo pagaban muy bien.

AGUSTINA. — ¿Para qué necesitas el dinero? ¿Para tirarlo?

JORGE. — *(Sonriendo).* Tienes razón. El dinero no se hizo para mí.

BASILIO. — Había uno, muy poderoso, el pájaro cegaba y se moría...

BASILIO. — *(Sonriendo).* También tú engañas...

JORGE. — El instinto ruin... Comprendo que hice mal.

ESCENA XI

*Los mismos, Pedro y Nicolás*

*(Entran por la puerta del fondo Pedro y Nicolás).*

ANA. — *(A Pedro).* ¿No viene Gregorio?

PEDRO. — Ha ido con Felipe al ensayo.

BASILIO. — ¿Quieren dar una función?

PEDRO. — Sí.

JORGE. — *(A Nicolás).* ¿Quieres ir conmigo a cazar pájaros?

NICOLAS. — ¿Cuándo ha de ser?

JORGE. — Mañana, si quieres.

NICOLAS. — Imposible; hay un entierro.

JORGE. — Temprano; antes de la misa.

NICOLAS. — Bueno. *(A Agustina).* Señora, ¿sobró algo? ¿Puede usted darme algo de comer?

AGUSTINA. — Sí; Paulina, trae alguna cosa para Nicolás. *(Paulina se va por la puerta del fondo).*

NICOLAS. — Se lo agradezco mucho; porque hoy, como usted sabe, no he comido; hubo entierro y boda... Todo el día en la iglesia y en el cementerio.

AGUSTINA. — Ya lo sé; ya lo sé. *(Pedro coge su taza de te y se va a sentar en el diván, donde lo toma tranquilamente, aislado).*

BASILIO. — Eso es lo que te hace falta para ganar mucho dinero. Casi todos los días muérese alguien.

NICOLAS. — Sí; no va mal.

BASILIO. — Y hay muchas bodas.

NICOLAS. — También; se casan muchos.

BASILIO. — Ahorra dinero y cástate como todos.

NICOLAS. — No me seduce la idea. *(Ana se acerca a Pedro, y, sentándose con él en el diván, hablan en voz baja).*

JORGE. — No te cases; no te conviene. Al fin y al cabo el matrimonio sujeta, y tú eres, como yo, un hombre libre. Más vale que vayamos a coger pinzones.

NICOLAS. — De acuerdo con usted.

JORGE. — Un entretenimiento agradable, coger pinzones. Las primeras nieves engalanan la tierra; la visten con la casulla de Pascua. Todo tan limpio, tan brillante... Y al salir el sol todo sonríe, todo canta. Las hojas marchitas doran los árboles en las ramas, quédanse prendidos los copos de nieve... Y de pronto: *burr... burr... burr...* una bandada que se acerca *pti... pti... pti...* los pajaritos rojos posándose y pavoneándose... tan pequeños... tan altivos... ¡parecen generales!... Andan y pian, ¡qué gusto! Al verlos me dan envidia, y quisiera yo ser un pinzón, para pasarme tan estirado sobre la nieve.

BASILIO. — El pinzón es un pájaro tonto.

JORGE. — También yo soy tonto.

NICOLAS. — Pero tiene razón.

JORGE. — Me divierte mucho coger pájaros. ¡Hay en el mundo nada más bonito que un pájaro cuando canta bien!

BASILIO. — ¿Ignoras que es una iniquidad coger a esos animalitos?